

LAGAR DE TEMISA

María llegó con su nieta Isabel. Le pidió que la dejara en la entrada de la casa y se marchara. Avanzó lentamente hasta la casa vieja, una vieja dependencia alrededor de la cual se construyó el resto de la casa nueva, junto al patio.

Empujó la puerta. Silencio. Parada en el umbral observó la estancia. Una estancia oscura, lúgubre, con un olor a vino rancio que la trasladó a la infancia. Sus ojos tardaron en adaptarse a la oscuridad. Iba a tientes y con temor a caerse. Olor a tierra húmeda. Algunos objetos aparecían desperdigados por la habitación, unas palanganas viejas y descoloridas, un cepillo viejo, una vieja quesera, un garrafón viejo y roto. Sus ojos se adaptaron a la luz. Alcanzó a ver una mesa grande y vieja. Sobre ella un mortero, unos cuchillos, unos trapos, unos botes de cristal con diferentes granos, una hondilla amarilla, unas botellas vacías, una botella con restos de vino, unas tijeras de podar... Al lado izquierdo vio varios garrafones de vino esparcidos por el suelo y colgada del techo una quesera con queso envejecido y una trampa para ratones que vigilaba impaciente la llegada de algún roedor. Olor a azufre. Un saco roto tirado por el suelo.

Su mente viajó en el tiempo y recordó aquellos momentos en los que el trajín de la casa se desarrollaba en esa estancia. Allí se cocinaba, allí comían, allí se organizaban los parlamentos familiares. Rebuscó entre todos los objetos que había sobre la mesa. Temblorosas las manos, cogió las tijeras de podar. El corazón le latía con violencia y metida en cavilaciones evoca reminiscencias del pasado recordando cuando corría entre los socos de La Geria cuando niña o cuando iba con su tía a cortar juncos por Montaña Negra y sus ojos recorrían el paisaje vinícola de una tierra con surcos en la piel, arrugada por el paso del tiempo, escarbada y aprovechada hasta el último milímetro para sacarle el jugo a la tierra madre.

Cuántas veces buscó refugio en los socos de las parras para cobijarse del fuerte viento, al acecho de los hoyos excavados en la tierra negra mientras la uva madura. En su memoria los colores de la tierra, el color de las parras, la uva blanca, la uva negra, los olores... Sus manos de niña mirando al trasluz de una uva malvasía, color oro a la luz, olor a azufre. Disimuladamente a la boca. Fresca. Sensación de felicidad y travesura.

Sus manos temblorosas y la inestabilidad de sus piernas la obligaron a buscar donde sentarse. Una silla desvencijada. Un banco donde los niños se sentaban todos juntos cuando llegaba la hora de comer. Un baúl viejo tras la puerta. El baúl. El baúl de su abuela, el que su abuelo se llevó a Argentina. El baúl pintado y repintado, ahora de color canelo, con las bisagras oxidadas. María logró levantar la tapa con dificultad después de arrastrar el polvo con su pañuelo de tela que llevaba escondido en el sujetador.

En su interior encontró una caja con viejas fotos de la familia. Por sus ojos escurrió una lágrima de pena. Cuántos recuerdos entre aquellas fotos. Una llamó especialmente su atención y sin darse cuenta esbozó una sonrisa. María con sus primos en el lagar del tío Melo. Las caras sucias, los pies sucios, los niños en calzoncillos, las niñas en bragas y camiseta. Aparecen riendo y cogidos de las manos, pisando uvas en el pequeño lagar. Gritos de alegría.

María recuerda el olor, la sensación de la uva escachándose bajo sus pies, el jugo cayendo, un mosto suave y dulce, el sabor, el olor a azufre penetrante de aquel lugar, las barricas donde jugaban a esconderse.

Por la mañana muy temprano empezaba la vendimia. La cepa espera. A los niños se les dejaba cortar los racimos más pequeños. Algunos aprovechaban para introducir disimuladamente alguna uva en la boca. Al peso del mediodía se escuchaban las protestas de los mayores "la uva caliente no, que se ponen malos".

Las manos temblorosas de María agarraban la foto con fuerza y la llevó a su pecho, que latía ahora con fuerza. El momento de la vendimia era el más esperado. La familia se reunía para realizar las labores y los primos se encontraban para jugar y participar. Con las parras cargadas de uva madura, los racimos cortados se van metiendo en baldes y cestas de pírmano y de allí al lagar. En pleno corazón de Temisa, aún María escucha los gritos de alegría de los chinijos cuando lanzaban los baldes de uva sobre sus pies, el placer de pisar la uva mientras bailaban y cantaban. La sensación de romper el racimo entre los dedos de los pies y un despalillado cosquilloso, triturando el fruto que lentamente va perdiendo las semillas.

Era pequeña la primera vez que fue a la vendimia. Recuerda el trajinar de los mayores yendo y viniendo, repartiéndose las cestas y baldes. Recuerda el olor del mosto y el olor del azufre, impregnando todo el lugar. Las conversaciones. La selección de los mejores racimos. Siempre apartaba un racimo de uva negra para el deleite en solitario.

Cerró el baúl. Guardó la foto en un bolsillo. Miró alrededor de la estancia tratando de no olvidar los recuerdos efímeros que su mente envejecida se empeñaba en borrar. Cerró los ojos y aspiró el aroma de una vieja botella de vino malvasía. El tiempo. La estancia entera habla del tiempo, le susurra. De espaldas a la puerta sintió de pronto la brisa del alisio sobre su piel llena de surcos, igual que la tierra ajada. Volvió a mirar. Saboreó el vino. Avinagrado. El tiempo.

Recordó el romance que de niña le cantaban:

"Año de hambrunas y miseria/ Que la historia está contada/ Y estará mientras que viva/  
Lo que hoy en la tierra se halla./ Que sin comer ni beber/ Aquí ninguno se amaña./ De  
la Geria la parra/ Mientras uno al otro miraba/ Tan humilde como el suelo/ Y el  
campesino, que la uva no fiaba".

El tiempo. Sonrió. Dejó la botella de vino. Giró sobre sí misma y abandonó la estancia. Fuera la esperaba su nieta Isabel.

Se acercó hasta la era. Abuelo tenía un par de parras en el enarenado, junto a la era, protegidas por unos socos de piedra. Siente la tierra palpitar, resquebrajarse el suelo mientras la cepa se nutre, tierra modelada por las manos del volcán. Cierra los ojos y recuerda sabores volcánicos, ácido, mineral, cálido. Se agacha y agarra una vara margullada... donde nace el vino, suave, cítrico, especiado.

María pensó "Me iré, apenas dejaré huella, pero la parra queda".